

THE TEACHING OF HISTORY: A PATH

TOWARDS

THE UNDERSTANDING OF HUMAN GENDER

Recibido: 27 de marzo de 2020

Aprobado: 14 de abril de 2020

“Campo”, 28 x 40, acrílico sobre madera aglomerada, 2019

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA: UN

CAMINO

A LA COMPRENSIÓN
DEL GÉNERO HUMANO

ELISA SILVANA PALOMARES TORRES



RESUMEN

En este artículo se reflexionará sobre la enseñanza de la historia como una herramienta fundamental para educar en la comprensión del género humano en un mundo incierto y desigual como en el que vivimos. Para cumplir con este propósito, se revisará el concepto de comprensión histórica a la luz de diversas posturas teóricas de origen humanista y se resaltarán sus aportaciones a la enseñanza de la historia en el contexto de crisis y cambio social que experimentamos hoy. A partir de este análisis se enunciarán algunas propuestas para dirigir el trabajo en las aulas de Historia hacia una comprensión del género humano con todos sus matices y claroscuros, a fin de cimentar elementos de una cultura para la paz.

Palabras clave: comprensión, humanismo, empatía, diversidad, equidad, cultura de paz.

ABSTRACT

In this article, we will reflect on the teaching of History as a fundamental tool to cultivate the understanding of human gender in an uncertain world, with inequalities, as the world in which we live. To accomplish this task, we will review the concept of historical comprehension under the light of different theoretical humanist schools, and we will point out what are their main contributions regarding the teaching of History in the context of crisis and social change taking place nowadays. From this analysis, we will draw some suggestions to lead the work in the History classrooms towards the understanding of human gender, taking into account all the nuances, having as ultimate purpose to bind all the elements of a culture of peace together.

Keywords: comprehension, humanism, empathy, diversity, equity, culture of peace.

ELISA SILVANA PALOMARES TORRES

Licenciada en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL) de la UNAM. Realizó estudios de maestría y doctorado en el posgrado de Filosofía de la Ciencia en la misma casa de estudios. En 2016 realizó una estancia de investigación posdoctoral IISUE de la UNAM. Recientemente recibió la Medalla Alfonso Caso por su tesis de doctorado y es profesora del plantel Sur desde el 2010 en las asignaturas de Historia de México e Historia Universal.

¿PARA QUÉ ENSEÑAR HISTORIA HOY?

Hoy día vivimos en un mundo lleno de extremos, radicalismos, intolerancias y sectarismos de todo tipo. Al mismo tiempo somos testigos del desarrollo de un sistema económico que amenaza la vida en la Tierra y una inteligencia ciega que encumbra el avance tecnocientífico sin un compromiso ético claro y asumido, además de la sensación de vértigo que origina la sociedad de consumo en sus múltiples expresiones.

Si bien habitamos una época que encumbra la razón como principio rector de nuestras sociedades, en nuestros sistemas de gobierno y nuestro sistema productivo —todo ello herencia de las ideas ilustradas— existe una enorme incompreensión respecto del sentido, significado o concatenación de los complejos fenómenos que nos enfrentamos hoy día: deterioro ambiental, violencias de diverso tipo, inseguridad, migraciones, fundamentalismos, guerras, etcétera. Dichas problemáticas expresan la necesidad de una mayor comprensión de nuestro entorno que funja como umbral del cambio social que reclaman nuestras sociedades cada vez más plurales y complejas.

Este contexto de incertidumbre en el que vivimos lleva a cuestionarnos sobre la importancia que tiene la educación como principio transformador de los seres humanos y de las sociedades. ¿Qué papel está jugando la escuela para la comprensión del mundo que vivimos? ¿En qué medida los contenidos que enseñamos a nuestros estudiantes contribuyen a una comprensión más auténtica y profunda de la realidad circundante, siempre frágil y cambiante? ¿Qué ocurre con la enseñanza de las ciencias sociales y específicamente de la Historia que tienen como objeto de estudio al ser humano en sus múltiples manifestaciones?

Multitud de pensadores de la educación, desde perspectivas muy distintas, han hecho hincapié en la importancia en enseñar para la comprensión (Morin, 1999; Gimeno, 2011; Diez, 2018, p. 81; Giroux, 2019). Y hoy más que nunca es preciso que nuestras prácticas educativas se vuelquen más hacia una reflexión sensible y profunda de nuestro entorno, que continuar con una enseñanza basada en la acumulación del conocimiento y del dato duro. Enseñar para la comprensión es un camino posible y deseable a seguir en el futuro inmediato si queremos formar personas y sociedades más empáticas y asertivas respecto de sus propias vidas y sus entornos sociales, y naturales circundantes. Por obvias razones, ello requiere de un trabajo constante y colectivo dirigido en esa dirección que valdría la pena iniciar hoy.

LA COMPRENSIÓN HUMANA EN EL PEN-SAMIENTO HISTÓRICO

Desde el siglo XIX, cuando la historia se conformó como disciplina con aspiraciones científicas, se desarrollaron herramientas teórico metodológicas que hicieron hincapié en la comprensión histórica. Por ejemplo, el pensador alemán Wilhem Dilthey (1833-1911) en su obra *Introducción a las ciencias del espíritu* (1883) señaló la importancia de la comprensión histórica como un aspecto esencial en este floreciente campo de estudio. Desde su punto de vista, la conciencia humana tiene su propia historicidad, el ser humano se descubre como un ser histórico que se forja a partir de sus experiencias y vivencias. Estos elementos no son considerados como una simple sucesión de hechos en forma lineal, sino como una totalidad que se interrelaciona de manera orgánica y compleja para generar una estructura de sentido (González-Garza, 2005, p. 27). Así pues, el

papel principal del estudio de la historia es comprender el sentido de ese conjunto de hechos y no sólo los hechos en sí mismos.

El propio Dilthey hablaba del desarrollo de un método de comprensión histórica basado en la empatía histórica y la observación metódica como elementos importantes del espíritu humano en el autoconocimiento. La empatía que Dilthey tenía en mente era una suerte de entendimiento del mundo interior de un individuo por otro sujeto, mediante la valoración de su experiencia considerada como una experiencia compleja y vital. Ésta era posible a través de la observación metódica de la realidad circundante, de la experiencia de otros en diferentes momentos y lugares, y de la propia. Todo ello contribuía a la ampliación de la conciencia histórica, esto es de la comprensión histórica que iba más allá del mero trabajo de investigación y sus resultados.

La corriente historicista también ha puesto énfasis sobre la comprensión histórica como un aspecto esencial de esta disciplina y su aportación al conocimiento humano (Croce, 1941; O’Gorman, 1947; Collingwood, 1952). Para los historiadores de esta corriente de pensamiento la empatía y la posibilidad de entender cada época en sus propios términos, como una singularidad con cualidades únicas y valiosas para nuestro desarrollo global constituía la tarea primordial de la investigación histórica. De esta manera, señalaron algunos aspectos del análisis de las fuentes que ponían atención en la construcción de las ideas, creencias y actitudes que motivaban las acciones de los hombres del pasado. La tarea era ardua e incluso algunos la consideraron casi imposible —pese a que los seres humanos compartimos una serie de rasgos que nos distingue como especie—. De cualquier forma, el esfuerzo valía la pena si se quería llegar a un mayor entendimiento de lo que significaba la

experiencia humana en su conjunto, para explicar sus vericuetos y manifestaciones.

Esta corriente de pensamiento contribuyó de manera significativa a poner el acento en la Historia como herramienta de autoconocimiento del espíritu humano. En la actualidad, las ideas del historicismo adquieren un nuevo valor al constituir una oportunidad para el desarrollo de un pensamiento ético basado en la empatía y el humanismo, ambos considerados principios básicos de la comprensión histórica tan necesaria en nuestro enrevesado mundo.

¿QUÉ ES LA COMPRENSIÓN HISTÓRICA?

Resulta evidente que la comprensión histórica va más allá de la acumulación de datos, de la cronología e incluso del recuento histórico. Se relaciona con procesos mentales de orden superior que implican la integración de los modos de acceder al conocimiento histórico, como la reflexión, el discernimiento y la introspección. La sinergia de todo ello genera un conocimiento que trasciende el enciclopedismo y da un sentido más profundo a los hechos y procesos históricos en la mente de los sujetos que logran esta síntesis interna (González-Garza, 2005, p. 242).

En otras palabras, la comprensión es un acto complejo y como tal se encuentra estrechamente relacionado con el aprehender, es decir, con hacer algo parte de nosotros, con tomarlo genuinamente, con interiorizarlo de alguna manera. Esta clase de aprendizaje contribuye a que seamos más conscientes de nuestro escenario individual y social, y favorece un pensamiento más holístico de nuestra existencia al incluir nuevos saberes, hechos y vivencias en nuestro horizonte de realidad. Enseñar para la comprensión humana es, entonces, una manera de sensibilizarnos ante la crisis humanitaria que estamos viviendo y

permite identificar el pensamiento simplificador o sectario que se multiplica por doquier y fragmenta aún más a la humanidad.

Algunos pensadores como Morin o Lonergan consideran que la comprensión tiene cuando menos dos estadios o grupos de operaciones: el de la inteligencia (la comprensión intelectual u objetiva) y el de la reflexión y el juicio (la comprensión intersubjetiva) (Lonergan, 1999, p. 14; Morin, 1999, p. 52). Ambos niveles generan un tipo de saber, el primero se dirige a la explicación y el escrutinio; en tanto, el segundo se enfoca a la comprensión humana y la superación de las creencias convencionales y los prejuicios. Estos niveles son complementarios e indispensables para una comprensión genuina, en particular por la presencia del segundo nivel que concede una nueva dimensión al saber primario que, de lo contrario, quedaría como una fría descripción factual del mundo, un reflejo congelado de la realidad como decía Feysabend (1975). Por ello, se dice que comprender significa *aprehender en conjunto*, asir el conjunto, considerar la realidad como un todo, esto es visualizar el texto y el contexto, las partes y el todo, lo múltiple y lo individual, las causas y los efectos, etcétera. (Morin, 1999, p. 51). En pocas palabras, es una manera de aprehender el mundo a partir de experiencias particulares.

Sin duda, las prácticas educativas actuales se enfocan más al primer tipo de operaciones mentales relacionadas con la descripción directa del mundo a través de conceptos, teorías, ideas, experimentos, etc. En el caso de la enseñanza de la historia se vincula más con el conocimiento *per se* del pasado humano, el cual es indis-

pensable para su estudio, pero insuficiente si queremos desarrollar la comprensión histórica que genere una estructura de sentido de los procesos históricos, de las acciones humanas y los sistemas de creencias y pensamientos de otros colectivos. Esta clase de comprensión constituye un pilar en la formación ética de los estudiantes, pues pone el acento en el desarrollo de sus cualidades plenamente humanas como el desarrollo de un pensamiento moral y una actitud más empática y colaborativa con los otros (Giroux, 2019, p. 9).

Ciertamente, como profesores de las asignaturas de Historia nos gustaría que su enseñanza no sólo fuera más dinámica y atractiva, sino que además tuviera un profundo sentido vital y experiencial para nuestros estudiantes, que se convirtiera en una maestra de vida. Este cambio de perspectiva implica un nuevo acercamiento al pasado donde se otorgue mayor importancia a la parte vivencial y existencial del fenómeno humano que trascienda la mera memorización y la secuencia de hechos. Bajo este nuevo enfoque, los episodios históricos serían oportunidades para reconocer el valor y la diversidad de la vida humana en

cualquier circunstancia que se manifieste (Nussbaum, 2005, p. 49). Ello ayudará a nuestros alumnos a complejizar su pensamiento, expandirlo y flexibilizarlo ante la multitud de situaciones que enfrentarán en un entorno lleno de riesgos e incertidumbres. Propiciar estas actitudes entre los jóvenes ayudará a frenar la oleada de radicalismos, segregaciones y violencias promovidas por nuestra cultura actual, tanto en su ámbito digital como en la interacción cotidiana.



La comprensión histórica va más allá de la acumulación de datos, de la cronología e incluso del recuento histórico”.

EL VALOR DEL DATO EN LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Como es bien sabido, un problema difícil que enfrentamos los docentes de Historia es la cantidad de datos y procesos históricos que se estudian en los cursos regulares. El desarrollo en la investigación histórica es constante y ello genera una cantidad impresionante de datos y perspectivas nuevas sobre multitud de hechos, procesos y fenómenos cuya incorporación a las clases representan un verdadero reto para los profesores, considerando la brevedad de horas de clase, la masividad de la educación pública, la contingencia institucional y social, así como la propia diversidad del alumnado. Si bien los resultados de estas investigaciones son muy valiosos porque enriquecen nuestra visión del pasado y de nuestras sociedades, su transposición al aula no siempre resulta halagüeña y, con frecuencia, los nuevos datos carecen de un sentido más amplio de los fenómenos estudiados al incorporarlos a dinámicas escolares.

Por obvias razones, la respuesta es no abandonar esta actualización disciplinaria que no sólo es buena sino necesaria para la mejora de nuestra práctica docente. Más bien, el asunto es dar prioridad a aquello que puede resultar significativo en la formación ética y social de nuestros estudiantes y no sólo quedarnos en los nuevos datos arrojados por las pesquisas recientes. Valdría la pena preguntarnos: ¿qué aporta esta información en términos de nuestra comprensión sobre lo humano?, ¿qué expresan esos episodios históricos sobre nuestra propia existencia en lo individual y en lo colectivo, en nuestra vivencia humana? Sería interesante tomar ciertos momentos del pasado humano a la luz de las nuevas investigaciones para generar reflexiones sobre la condición humana, sobre las posi-

bilidades de actuar en situaciones críticas, sobre cómo afrontar la incertidumbre y la crisis, sobre el odio y la cooperación, sobre el racismo y la compasión, sobre la opresión y la libertad, etcétera. (Giroux, 2019, p. 9). Ciertamente esto no está en contra de lo establecido por los programas de estudio, más bien constituyen puentes para hacer del conocimiento disciplinario una fuente de sabiduría colectiva que promueva el cambio personal y social.

La masividad del dato en la época actual también plantea nuevos retos para los docentes. Los profesores hemos dejado de ser la única o acaso la fuente más importante de información de nuestros alumnos. Las tecnologías digitales hacen posible el acceso a infinidad de información, la cual sabemos es de muy distintos talantes y, al margen de toda la discusión que existe sobre las herramientas que hay que aportar a nuestros estudiantes en la búsqueda de información confiable y fidedigna, queda pendiente la tarea de ayudar a la comprensión de esos datos o del significado de esa información dentro de la interpretación histórica y social (Lupi, 2016, p. VII). Ahí está el nuevo papel del profesor de Historia, no sólo como transmisor del saber disciplinario, sino como alguien que usa ese conocimiento de manera racional, sensible y con principios éticos, capaz de orientar sobre la realidad social y fomentar la humanidad de sus estudiantes, aunque sea de forma modesta, pero significativa.

Debido a lo anterior, resulta importante que se dejen atrás las clases basadas prioritariamente en los datos históricos que agobian tanto a estudiantes por la cantidad de aspectos a memorizar, como a los profesores por los contenidos que se deben abordar. Precisamente, por la circunstancia actual que atravesamos, es de la mayor relevancia que la enseñanza de la historia se enfoque al desarrollo del pen-



“Antes de la tormenta”, 24 x 29, acrílico sobre madera aglomerada, 2019

samiento crítico y al cultivo de la humanidad de los futuros ciudadanos (Diez, 2018, p. 86). Ello se puede lograr mediante el estudio de la condición humana, pero no en abstracto, sino a través de casos concretos ocurridos en el pasado o presente, tales como las migraciones, las biografías ilustres, las expresiones artísticas, las manifestaciones de violencia, los pactos sociales, el dominio de la naturaleza, etc. Todas estas experiencias resaltan la complejidad de la

vida humana en sus diferentes dimensiones —física, social, económica, política, psíquica— y nos confronta con nuestra propia realidad.

Por último, la enseñanza de la historia más que lineal y cronológica debería ser pluralista y sistémica, es decir, debería atender a la complejidad de la condición humana, antes que cualquier otra visión particular sobre lo humano (egocéntrica, etnocéntrica o antropocéntrica) (Morin,

1999, p. 51). Desde esta perspectiva, la tarea principal de la enseñanza de la Historia sería aportar un pequeño grano de arena para comprendernos unos a otros, para comprendernos como humanidad en proceso, considerada como un todo interdependiente, cambiante y contingente con profundas desigualdades, pero con rasgos comunes que nos definen como especie y desde los cuales se pueden establecer puentes, mismos que serían las bases de una educación para la paz.

LA REFLEXIVIDAD, UN ALIADO DE LA COMPREENSIÓN Y LA HUMANIZACIÓN

¿Cómo propiciar el cultivo de la humanidad desde nuestras asignaturas en la disciplina histórica? Ciertamente se requiere del desarrollo de esa sensibilidad y atención en nuestra propia vida y práctica profesional (Perrenoud, 2011, p. 23). Quizás este aspecto sea el más difícil de lograr pues requiere de nuestro tiempo y esfuerzo constante para desarrollarlo, además de asumir un compromiso moral como profesores, aunque éste debería ser un imperativo en una sociedad y una educación inspirada en modelos industriales y lineales, además de estar asfixiada por la sociedad de consumo.

La reflexividad nos obliga a pensar de otra forma, a cuestionarnos sobre nuestras propias creencias y puntos de vista, y así dar paso al análisis lógico y el juicio crítico que complejiza el mundo y favorece la comprensión de segundo orden. Ciertamente la reflexividad por sí misma no cambia a la sociedad, pero puede ser el comienzo de una mayor justicia social y de una sociedad más humanitaria, con una actitud cívica responsable del que pocos indicios hay, ya que el sistema educativo actual se halla mucho más volcado a la exigencia de los campos disciplinarios que a la formación de una ciudadanía participativa y cosmopolita (Camps, 2008).

La práctica reflexiva durante la lectura de textos, la escritura, la oratoria, el conversatorio, la interacción social directa o digital puede contribuir a generar actitudes de discernimiento sobre la condición humana en su conjunto, para entender los motivos y formas de existencia de los otros. Por obvias razones, la comprensión es un ejercicio permanente e inagotable, pues siempre hay posibilidad de seguir profundizando en un asunto, ver nuevas aristas, complejizar más nuestro mapa mental. En todo caso, esta práctica nos ayuda a superar las cegueras propias del conocimiento directo del mundo tales como las ideas preconcebidas, la autojustificación, la incapacidad de autocrítica, la arrogancia, la negación, el desprecio, la imposición ideológica con premisas arbitrarias, entre otras (Morin, 1999, p. 53).

Como señala la filósofa Martha Nussbaum, la educación en la época actual, y en especial la de las ciencias sociales, debería enfocarse más a favorecer la lealtad principal que tenemos con los otros seres humanos en vez de reforzar las lealtades secundarias como son las nacionales, locales, disciplinarias e incluso institucionales que dividen nuestra comprensión del fenómeno humano y evitan la aprehensión del mundo. Reconocer el valor de la vida humana en cualquier circunstancia es un primer paso para una educación que abone al cultivo de la humanidad, pero no es suficiente. En opinión de esta autora habría que desarrollar tres actitudes esenciales:

Examen crítico: esto es un autoexamen donde los ciudadanos que cultivan su humanidad se cuestionan sobre su propio sistema de creencias y vislumbran las consecuencias de sus actos para tomar decisiones más meditadas.

Reconocimiento y mutua preocupación: aprender a ser humano es aprender a reconocer la humanidad en el otro, es apren-

der amar a la humanidad en su genuina diferencia, pese a las diferencias de creencias, estilos de vida, posiciones políticas. Reconocer que todos tienen algo propio con que contribuir.

Imaginación narrativa: es pensar en el lugar de la otra persona, comprender las emociones, deseos y anhelos propios y de los otros a través de sus historias. Se refiere a traspasar los límites de las simpatías inmediatas para desarrollar la imaginación social, vital y humanística. Saber argumentar, dialogar y expresar (Nussbaum, 2005, pp. 28-30).

Estas actitudes bien podrían considerarse como ejes en la enseñanza de la Historia en nuestras aulas, como una especie de declaración de principios que guíe nuestras actividades cotidianas y promuevan la reflexividad y la transformación de nuestros estudiantes. Por supuesto, esto exige un esfuerzo grande, pero ¿acaso ¿no vale la pena intentarlo en un mundo lleno de incompreensión, fanatismo e incertidumbre? ¿No es la vocación de las ciencias sociales y en particular de la Historia ocasión para comprender el espíritu humano como lo planteaba Dilthey?

Parece un hecho que la democracia no sólo requiere de instituciones y procedimientos, también requiere de una particular visión de la vida y del mundo. Sabemos que la calidad de una democracia radica principalmente en la educación de sus ciudadanos, en su capacidad de empatizar y colaborar constructivamente en un proyecto común y con un fuerte sentido ético. Con frecuencia, esto se ve obstaculizado por las desigualdades y la superficialidad de la cultura actual, por ello, es de suma importancia promover el cultivo de la humanidad desde las aulas, como una tarea esencial de la enseñanza de la historia.

FUENTES

Camps, V. (2008). *Creer en la educación*. Barcelona: Ediciones Península.

Collingwood, R. G. (1952/2004) *Idea de la historia*. Ciudad de México: FCE.

Croce, B. (1941/2005). *La historia como hazaña de la libertad*. Ciudad de México: FCE.

Diez, S. (2018). *¡Educación! 10 acciones para el cambio que nuestros hijos merecen y necesitan*. Barcelona: Deusto.

Dilthey, W. (1883/1978). *Introducción a las ciencias del espíritu*. Ciudad de México: FCE.

Feyerabend, P. (2003). *Tratado contra el método*. Madrid: Tecnos.

Gimeno, J. (2011). *Educación y convivir en la era global*. Madrid: Morata.

Giroux, H. et al. (2019). *Retratos de la violencia. Una historia ilustrada del pensamiento radical*. Ciudad de México: Akal.

González-Garza, A. (2005). *Colisión de paradigmas. Hacia una psicología de la conciencia unitaria*. Barcelona: Kairós.

Lonergan, B. (2017). *Insight: Estudio sobre la comprensión humana*. Salamanca: Ediciones Sígueme-Universidad Iberoamericana.

Lupi, G. y Posavec, S. (2016). *Dear Data*. Nueva York: Princeton Architectural Press.

Morin, E. (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Ciudad de México: UNESCO.

Nussbaum, M. (2005). *El cultivo de la humanidad. Una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*. Barcelona: Paidós.

O’Gorman, E. (1947/2006). *Crisis y porvenir de la ciencia histórica*. Ciudad de México: Imprenta Universitaria.

Perrenoud, P. (2011). *Desarrollar la práctica reflexiva en el oficio de enseñar. Profesionalización y razón pedagógica*. Ciudad de México: Graó.